

El lenguaje médico necesita del bálsamo de Fierabrás

Alicia M.ª Zorrilla*

Como este año celebramos el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, de don Miguel de Cervantes Saavedra, y esta obra es un tesoro histórico, social, semántico y sintáctico, bueno es anclar en uno de sus capítulos, que guarda —si se nos permite— la metáfora de nuestro padecer lingüístico, para que se cumpla la teoría borgesiana de la lectura como reescritura. Se trata del capítulo X de la primera parte. Después de la rigurosa pendencia con el colérico vizcaíno, don Quijote, «la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes»,^a pierde la mitad de la oreja. A pesar de ello, le quedan fuerzas para poner la punta de la espada en los ojos del vencido y para amenazarlo con cortarle la cabeza si no se rinde. Uno de los fragmentos de ese capítulo X dice así:

—La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.

—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorrarán tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? —dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar más sano que una manzana.

Don Quijote y los males que aquejan a la lengua española

Esta descripción quijotesca con efectos especiales se asemeja al estado en que se encuentra nuestra lengua en la boca y en la pluma de muchos hablantes desidiosos, sobre todo en

la esfera de la medicina, que no comprenden que comunicarse significa mucho más que hablar o escribir. Hablamos y escribimos todos, pero ¿cómo lo hacemos? Si en una batalla a don Quijote le parten el cuerpo por la mitad, en la guerra campal que se libra al comunicarnos las oraciones reciben mandobles, y no pocas quedan descuartizadas sintáctica y léxicamente, es decir, sin ilación alguna y compuestas con palabras que sabe Dios de dónde vienen. Los causantes de este estropicio gramatical merecen, como algunos romanos, un *linguarium* ('la mordaza') o multa que, en ciertas ciudades de Roma, debían pagar los representantes públicos por haber hablado demasiado y mal. Don Quijote le pide a Sancho que, en caso de que quede maltrecho, junte con sutileza, es decir, con primorosa habilidad, y con exactitud las dos partes de su cuerpo y que luego le dé a beber el bálsamo de Fierabrás, bebida maravillosa que aparece en gestas y novelas medievales.

^b El trabajo de Sancho equivale a nuestra buena disposición e inteligencia para enmendar los errores y colocar las palabras en el justo sitio, y el «bálsamo», a la gramática normativa que rige el buen vivir de nuestro idioma y que es —como aquél— el medicamento compuesto de sustancias aromáticas que se aplica como remedio en las heridas, llagas y otras enfermedades. Las «sustancias aromáticas» son las reglas que debemos saber para gozar de buena salud lingüística, remedio seguro para recomponer oraciones descalabradas y descarriadas o reanimar palabras agonizantes. La «redoma» o vasija que contiene el bálsamo son los libros a los que hay que acudir siempre, porque la corrección es signo de cultura, y ésta debe revelarse a través de todas las palabras que usamos. No podemos conformarnos con «hilas y un poco de unguento blanco», con los que Sancho quiere curar a don Quijote. No es suficiente. Debemos aspirar al bálsamo de Fierabrás.

En ese mismo capítulo, don Quijote reprende a Sancho porque éste lamenta no darle buena comida; el fiel escudero no sabe que «es honra de los caballeros andantes no comer en un mes» o hacerlo frugalmente, pues casi siempre se la pasan «en flores», es decir, en ayunas. Por eso le dice: «... no quieras tú hacer mundo nuevo ni sacar la caballería andante de sus quicios». ^c Entonces, Sancho le responde:

—Perdóneme vuestra merced [...], que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca...^d

Si trasladamos estas reflexiones al tema que nos ocupa, diremos que ningún hablante puede sacar la lengua de sus

* Academia Argentina de Letras y Fundación Litterae. Buenos Aires (Argentina). Dirección para correspondencia: aliciazorrilla@arnet.com.ar.

quicios, aunque con la suya haga lo que quiera, ni ignorar, como Sancho, las reglas que la sustentan. Por eso, cuando un cabrero que por allí pasaba le narra el cuento del pastor Grisóstomo que muere de amores por la esquivia Marcela, el Caballero de la Triste Figura no admite que distorsione las palabras, es decir, que haga «mundo nuevo», y lo corrige con la verdad, pues, para don Quijote, el decir una palabra por otra es lo mismo que mentir:

—Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

—*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminares mayores —dijo don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

—Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.

—*Estéril* queréis decir, amigo —dijo don Quijote.

—*Estéril* o *estil* —respondió Pedro—, todo se sale allá. [...] Y quiéeros decir agora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

—Decid *Sarra* —replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna —respondió Pedro—; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo —dijo don Quijote—, que por haber tanta diferencia de *sarna* a *Sarra* os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna^e que *Sarra*...^f

Como advertimos, el famoso español don Quijote, «luz y espejo de la caballería manchega»,^g también trata de ayudar a los flacos y menesterosos de la lengua para que no la maltraten y se conciencien del valor de decir bien porque «la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso».^h Por eso, en otra ocasión, le dice a Sancho:

—¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? —dijo don Quijote—. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.ⁱ

Como para muchos hablantes de nuestro siglo, para el cabrero Pedro, las correcciones de don Quijote son *niñerías*, y se siente mortificado por ellas. Y en ese *yo me entiendo* de Sancho se resume la soberbia y el egoísmo de quienes no entienden que también pueden ser altruistas con las palabras. Escribe con acierto Fernando Lázaro Carreter: «Resulta forzoso innovar en el idioma para vivir con nuestro tiempo; pero debemos esforzarnos —la escuela, la universidad, las academias, los parlamentos— por evitar que se nos hagan más indistintos los conceptos y más chicos los cerebros».^j

La oreja herida le duele cada vez más a don Quijote, y uno de los cabreros que lo acompañan pone fin a su pena con un nuevo remedio:

Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.^k

Pero el maltrecho caballero no ceja hasta preparar el precioso bálsamo:

—Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

El ventero lo provee de cuanto quiere, y don Quijote hace el bálsamo:

[...] mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero [...].

Luego, el caballero andante bebe lo que queda en la olla donde ha cocido el brebaje y comienza a vomitar:

[...] y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho, por imitar a su amo o, tal vez, por probar el vino que contiene el mejunje, bebe lo que queda en la olla, que no es menos que lo que ha bebido don Quijote:

Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener.¹

Nuevamente aprovechamos el texto para señalar que el bálsamo equivale a nuestra normativa: bien le aprovecha a quien recurre a ella porque cree en ella, o como dice don Quijote, porque es auténtico caballero andante, que, en nuestro caso, significa ser hablantes o escritores responsables ante el idioma que nos pertenece. En cambio, el que la prueba por imitación, pero sin fe —como Sancho—, nada obtendrá, sino «borrasca y mala andanza», pues mal puede saber el que no quiere aprender.

Sirva esta introducción de homenaje a la gran obra cervantina y de pórtico a nuestros padeceres lingüísticos, que incentivan hoy estas palabras.

Patología del lenguaje médico

En medicina, la *diátesis* es la predisposición orgánica a contraer una determinada enfermedad. Desde el punto de vista etimológico, *enfermedad* proviene del latín *infirmatatem* (in-,

'no', y *firmus*, 'fuerte, firme, robusto, sano'). El enfermo es, pues, la persona que no está sana y a la que le falta firmeza, precisamente, por sus padecimientos. Sin duda, hay enfermedades del cuerpo o físicas, y del alma o espirituales, pero también del intelecto, del habla y de la escritura; no son orejas que sangran como la de don Quijote, pero sí oraciones heridas de muerte, lo que no deja de ser paradójico en el campo de la medicina.

En la jerga médica, las dolencias del cuerpo reciben el nombre incorrecto de *patologías*. Así nos lo indica este ejemplo referido a la fibrosis quística: «Esta *patología* es la *enfermedad* genética hereditaria más frecuente entre las personas de raza blanca». El *Diccionario* académico, sin embargo, desmiente esta sinonimia entre *patología* y *enfermedad*, y dice que *patología* es 'la parte de la Medicina que estudia las enfermedades' o 'el conjunto de síntomas de una enfermedad'. Por supuesto, la Real Academia Española se ciñe a la etimología, ya que *pato-* es un prefijo que proviene del griego y significa 'dolencia o afección'. Las dos definiciones del vocablo *patología* no corresponden a *enfermedad*; para este vocablo, el *Diccionario* académico destina el sustantivo masculino *morbo*. Tres morbos graves trastruecan los cánones dialogísticos, impiden que la comunicación sea fluida y la convierten en seudocomunicación. Intelecto, habla y escritura quieren demostrarnos, con sus deslices, que la lengua padece de insuficiencia gráfica, morfosintáctica y léxico-semántica. No es así. La lengua española goza de buena salud. Los hablantes somos los enfermos, los que adolecemos de taxativa incultura lingüística. Y decimos *taxativa* porque no admite discusión. Las pruebas, al canto. Analicemos algunos ejemplos extraídos del lenguaje médico con que uno se encuentra en la Internet:

Ejemplo 1

Estuve enferma, pero, por suerte, no *hice fiebre*.

Entre las cincuenta y ocho acepciones del verbo *hacer*, no hay una que se adecue a este despropósito. *Afiebrarse*, verbo registrado en el *Diccionario* académico, denota 'empezar a tener fiebre', pero no es lo que quiso expresar la joven señora. En español, se dice *no tuve fiebre*.

Ejemplo 2

Al no producir efectos secundarios en los pacientes de enfermedades cardiovasculares, es un producto totalmente seguro.

¿Cómo puede existir un paciente «de» enfermedad cardiovascular? De acuerdo con la semántica de la preposición *de*, llegamos a estas conclusiones:

1. el pobre paciente no posee la enfermedad (como cuando decimos *la novela de Vargas Llosa*), la sufre;
2. no viene o sale de esa enfermedad (como cuando *Viene de Entre Ríos*);

3. no está hecho de ella (como una *manta de lana*);
4. no está contenido en ella (como un *plato de tallarines*);
5. no es su asunto o materia (como una *clase de Gramática*);
6. no es su causa u origen (como *Murió de tifus*);
7. no es su naturaleza, condición o cualidad (como *mujer de agallas*);
8. no lo determina como lo hace la aplicación de un nombre apelativo (como en *mes de junio* o *ciudad de Buenos Aires*).

Según este análisis, lo correcto es *pacientes con enfermedades cardiovasculares*. El verbo *producir* tampoco se adecua al significado de esa oración, pues denota ‘engendrar, rendir frutos, redituar interés’. Entonces, la precisión señala que el medicamento no *causa* efectos secundarios.

La construcción de la oración exige el reemplazo del verbo *ser* con el verbo *considerar*: «Al no causar efectos secundarios —equivale a *Como no causa efectos secundarios...*— en los pacientes con enfermedades cardiovasculares, se considera un producto *totalmente seguro*». El adverbio *totalmente* (‘enteramente, del todo’) nos desconcierta por lo superfluo, pues no existe medianía en la seguridad: o es seguro o no lo es. Quizá, sea mejor decir que se considera un producto inocuo. El sintagma adjetival analizado podría formar pareja con *aquel tren que estaba completamente parado* o con *el hombre totalmente muerto* de tantas noticias policiales.

Ejemplo 3

También se ha demostrado en estudios comparativos que *otros medicamentos conteniendo* esta droga, *poseen* grandes riesgos y una eficacia tan sólo del 68 al 72%.

El gerundio es un derivado verbal, o forma no personal del verbo, muy querido por médicos y abogados. Para muchos profesionales, más que una palabra es un salvavidas que les permite flotar en el bravío mar de la sintaxis española. Muy equivocados están. No los salva de su peligrosa condición de naufragos porque el gerundio no es una muletilla ni un comodín y, como toda palabra bien nacida, aspira a que le den su lugar en la oración, a que respeten su linaje. No tolera ser adjetivo como en este ejemplo (*otros medicamentos conteniendo*), sino adverbio; podemos decir, por ejemplo, *Habló conteniendo las lágrimas*, pues responde a la función adverbial (¿cómo habló?), pero no debe construirse junto a un sustantivo. En este caso, tendrá que ser reemplazado con una construcción de carácter adjetivo (*otros medicamentos que contenían esta droga*).

Hay una observación más respecto del verbo *poseer*, predicado del sustantivo *medicamentos*. De acuerdo con el significado que se registra en el *Diccionario* académico, sólo debe aplicarse a personas, no a objetos. Además, ni su significado^m se adecua al contenido de la oración, porque los medicamentos no *poseen* grandes riesgos, los *ocasionan*. Luego, deberá repetirse el signo de porcentaje junto a cada número, no basta

con indicarlo junto a la última cifra. La oración corregida es, pues, la siguiente: «También se ha demostrado en estudios comparativos que otros medicamentos, que contienen esta droga, ocasionan grandes riesgos y tienen una eficacia tan sólo del 68% al 72%».

Ejemplo 4

Comentario especial merece el uso de la preposición *para*, que a menudo alborota e injuria los significados. No falta quien entra en una farmacia y pregunta: «¿Hay vacuna para la varicela?»; «¿Llegó la vacuna para la gripe?». Otros se atreven a pedir **veneno para las hormigas, para las ratas, para los ratones, para las cucarachas* y hasta repelente **para arañas y murciélagos*. Tal vez, cumplen el encargo de ayudarlos a apurar su muerte.

La televisión ya no oculta nada, y azorados escuchamos a un médico que dice: «Trabajamos para el envejecimiento facial». Pero aquí no termina el escándalo, pues en la Internet se promociona un «drenaje facial para envejecimiento cutáneo»; un seminario se titula «Tratamiento Top para el Envejecimiento Cutáneo»,ⁿ y el insólito Tema 3 de un Curso de Especialización en Cirugía Plástica lleva por título «Cirugía del Envejecimiento Facial»,^o como si éste fuera una parte del cuerpo, significado que refrenda este otro sintagma: «para corregir los cambios ocurridos en el envejecimiento facial». No conformes, ofrecen *tratamientos antiedad, medicamentos antiedad, píldoras antiedad, vacuna antiedad 2005, terapia antiedad, productos corporales antiedad, base humectante antiedad, milagroso suero antiedad, crema antiedad antioxidante, la crema de Susana Giménez antiedad, cremas antiedad de alto impacto, antiedad para perros y para gatos*, y hablan de un *hotel antiedad*, de *experiencia antiedad*, de *belleza antiedad*, de *servicios estéticos antiedad*, de *reportaje especial antiedad*, de *ocho genes antiedad*, de *veintidós trucos antiedad*, de una *nueva coenzima antiedad*, de *soluciones antiedad*, de *dieta antiedad* y de *investigación antiedad*. ¿Por qué usan el anglicismo (*antiage, antiaged, antiaging*) en lugar de nuestro eficaz adjetivo *rejuvenecedor/rejuvenecedora*, o de los sustantivos *antiarrugas* o *antienvjecimiento*. *Edad* no es sinónimo de vejez; es —según el *Diccionario* académico— ‘cada uno de los períodos en que se considera dividida la vida humana’. El prefijo *anti-* denota ‘opuesto’, ‘con propiedades contrarias’ (*anticongestivo, antitusígeno, antiviral*). La palabra así usada significa ‘contra la edad’, que no es lo mismo que decir *contra las consecuencias de la edad avanzada*. Entonces, si nos quitan la *edad*, ¿qué nos queda? Por eso, cuando leemos *Lucha antiedad: Estrategias de éxito para seguir siendo joven*, agregamos *en el más allá*. Como broche de oro, una receta casera: «Para el envejecimiento facial: colocar una cebolla cortada en redondo, embebida en vinagre. Colocar unos minutos sobre la piel». Después de esos imperativos espurios —«colocar, colocar»—, sólo Dios sabrá lo que queda de la pobre cara.

La prensa tampoco es ajena a estas impertinencias lingüísticas. En un diario catamarqueño, aparece un titular sorprendente: *Tomó veneno para encontrarse con su novia*.^p El fin, ¿justificaría los medios? Parece que beber un licor espirituoso para estimularse, para adquirir valor, ya no surte efecto.

Un aviso recomienda de forma incompleta: «Haga yoga como ayuda para la presión arterial». ¿Querrá decir para para disminuir la hipertensión arterial?

Reflexionemos ahora sobre estos espejos del delirio sintáctico y léxico:

En caso de caspa, se utilizará *shampoo para la caspa* en lugar de *shampú para cabello graso*.

Caspa más caspa, mucha más caspa. Que no crea el docto dermatólogo que por usar la palabra inglesa *shampoo* — luego semiespañolizada *shampú* en la misma oración — la caspa desaparecerá. Deberá recomendar, entonces, *un champú contra la caspa en lugar de un champú contra el cabello graso*.

Lo mismo ocurre en los siguientes textos, donde se escribe lo contrario de lo que se promociona:

Loción para la caída del cabello, seborrea y reposición del cabello.

La preposición *para* anuncia «tres virtudes» en una sola loción, a fin de que el usuario goce de todas las experiencias: caída del cabello; seborrea o aumento patológico de la secreción de las glándulas sebáceas de la piel, y nuevo crecimiento del cabello, es decir, otoño, invierno y primavera. La voz *reposición* no es la adecuada en este contexto, porque nadie vuelve a poner nada en la cabeza del desdichado que usó el producto ni a reemplazar lo que le falta, salvo que, ante el fracaso, no le quede otro camino que el del trasplante capilar. Entonces, la oración correcta es: «Loción contra la caída del cabello y contra la seborrea». No podemos dejar de repetir la preposición *contra* porque, de lo contrario, se cae también la seborrea. Además, aunque es redundante, podemos agregar con intención optimista, como para animar a los calvos no resignados: *Estimula el crecimiento del cabello*.

La preposición *para* continúa haciendo estragos en el cabello y propicia una redacción que no puede refrenarse por lo violenta:

- **Para la caída del cabello:** Rallar una cebolla y usar el jugo mezclado con jugo de limón y una gota de aceite y diente de ajo machacado. Aplicar por la noche protegiendo con una toalla y a la mañana lavar con agua fresca.
- **Para la caída del cabello II:** Mezclar medio litro de vino blanco con varias ramas de perejil y una yema de huevo batido, dejar reposar al sol durante 2 semanas y aplicar al cuero cabelludo, dejando actuar 10 minutos y enjuagar.

Se lleva los aplausos «una yema de huevo batido»: si se bate el huevo, ¿cómo se extrae la yema? ¿Habrà querido decir, acaso, «batida»? Y si no hay dos semanas seguidas con sol, ¿no tendrá reposo?

Ejemplo 5

Crema rejuvenecedora *para* el cutis y *las arrugas*.

Cuando leemos este aviso, podemos preguntarnos si las arrugas están fuera del cutis. Si cutis es la ‘piel que cubre el cuerpo humano, principalmente la del rostro’, y las *arrugas* aparecen en la piel, con nombrar el *cutis* es suficiente. Además, el adjetivo que acompaña al sustantivo *crema* lo dice todo: *Crema rejuvenecedora para el cutis*. No es necesario agregar *arrugas*; sin nombrarlas, el adjetivo *rejuvenecedora* ya indica que las tenemos. Pero si de arrugas se trata, la publicidad se esmera hasta tal punto en hablar de ellas, que engendra textos electrónicos como éste:

Formula para arrugas de calidad internacional.⁹

Ya la palabra inicial *formula*, sin tilde, desacredita el aviso, lo estigmatiza. Otra vez la preposición *para* promociona la formación de arrugas, pero no cualquier tipo de arrugas, sino las *de calidad internacional*. ¡Sorprendente discriminación creada por un anacoluto inoportuno! ¿Habrà arrugas de calidad nacional, regional o local? Sin duda, la inconsecuencia en la construcción de la oración altera su significado. Aquí conviene decir un refrán quijotesco: «cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen». Una palabra fuera de lugar descalabra todo sentido. Cuesta tan poco decir «Fórmula de calidad internacional contra las arrugas». Después, agrega:

Disminuye expresión de arrugas y pliegues.

El verbo, bien conjugado, nos pone en tema, pero las arrugas no pueden expresarse; en todo caso, aparecen y transparentan despiadadamente nuestra edad. ¿Se referirá el luminoso autor del aviso, quizá, a las arrugas de expresión, mejor llamadas arrugas gesticulares o de gesticulación? Entendemos que así es. Si reflexionamos sobre el uso de la lengua en este mensaje, suponemos que ha querido decir: «Disminuye las arrugas gestuales y los surcos».

Ejemplo 6

La agencia estadounidense del medicamento (FDA) ha aprobado una *vacuna para la gripe en forma de spray* [...].⁵

De acuerdo con lo que hemos dicho, no se aprueba una **vacuna para la gripe*, sino *contra la gripe* o *antigripal*, *para evitar la gripe* o *para prevenirla*. Aún más, la vacuna no puede tener **forma de spray*; su envase tendrá atomizador o pulverizador, dos palabras muy nuestras para reemplazar el anglicismo.

Ejemplo 7

El uso indebido de *para* alterna, en estas construcciones, con el de la preposición *de*:

La mayoría de los estados de *EU* no reconocen *la vacuna de rabia para hurones*, debido a que todavía hacen falta más estudios oficiales que *certifique* la duración exacta de inmunidad en hurones. Esto significa que aun si su hurón está debidamente vacunado, será sacrificado *si alguien reporta haber recibido una mordedura a las autoridades*. No obstante, el tener el registro de la vacuna puede persuadir a la persona agredida de no reportarlo, además de *protegerle* de la posibilidad de contraer la rabia (incluso los hurones más mimados y vigilados pueden escapar).[†]

Parece impensable que los pobres animalitos reciban una *vacuna de rabia*. El fragmento presenta una abreviatura indebida, la de los Estados Unidos (*EU por EE. UU.), un grave error de concordancia (*más estudios oficiales que certifique...*), un anacoluto que mueve a risa (... *si alguien reporta haber recibido una mordedura a las autoridades*) y un caso de leísmo (*protegerle de la posibilidad de contraer la rabia...*).

Ejemplo 8

Muchas veces la relación de la persona con la enfermedad es tan estrecha, tan familiar, tan afectiva, que se escriben oraciones como ésta:

Te agradeceré si podés aconsejarme sobre la alimentación para los divertículos.[‡]

Como si tuvieran boca, lengua y dientes, los divertículos tienen que alimentarse debidamente. El sustantivo *divertículo* proviene del latín y denota ‘desviación de un camino’. El autor de esta oración desvió tanto el camino que no advirtió que debía expresarla así: «Te agradeceré si podés aconsejarme acerca de la alimentación que deben seguir las personas que tienen divertículos».

Ejemplo 9

Investigadores han encontrado una forma de transformar células madre neurales en células productoras de insulina, un descubrimiento que podría conducir un día a una posible cura *para tratar a la diabetes, la enfermedad del azúcar en la sangre*.

Como la diabetes no es una persona, debemos *tratar la diabetes*, no **a la diabetes*; además, ésta no es **la enfermedad del azúcar en la sangre*, pues tener azúcar en la sangre no es una enfermedad; todos tenemos algo. Además, ninguna enfermedad tiene sangre que contenga azúcar; es la enfermedad ocasionada por el aumento del azúcar o de la azúcar en la sangre, ya que la palabra es de género ambiguo (masculino y femenino). Nuevamente, la economía verbal conduce a la impropiedad.

Ejemplo 10

A medida que envejecemos, se necesitan nutrientes adicionales. Huesos, articulaciones, energía y vitalidad.

La primera oración es correcta, pero la segunda parece una explicación de aquélla. ¿Son esos los nutrientes que necesitamos? Sin duda, no lo son, pero debe buscarse una redacción adecuada para evitar esa ambigüedad.

Ejemplo 11

[...] algunos pacientes *con componente ansioso importante* pueden presentarse inquietos, agitados y con *un habla rápido y nervioso*.

No cabe duda de que decir *con componente ansioso importante* tiene un empaque que no reemplaza el sintagma *algunos pacientes muy ansiosos*, pero ¡cuántas palabras nos ahorraríamos y con qué claridad expresaríamos lo que tenemos que comunicar!

El *habla* no puede ser *rápido y nervioso* porque *habla* es un sustantivo femenino. El artículo *el* que suele acompañarlo no es masculino, sino artículo femenino del español antiguo (*illa* > *ela* > *el'* > *el*). Este artículo se usa ante sustantivos que comienzan con *a* tónica. En este ejemplo, el adjetivo indefinido *un* se apocopa por analogía, no por cacofonía, pues es posible decir correctamente *una habla*. Entonces: «algunos pacientes muy ansiosos pueden presentarse inquietos, agitados y con habla rápida y nerviosa».

Ejemplo 12

Vea nuestros productos de efectividad comprobada y obtenga información importante *sobre alimentación de los expertos de nuestro Consejo Médico*.

Nuevamente la falta de orden de las palabras en la oración cambia su significado. La oración correcta es: «Vea nuestros productos de eficacia comprobada y obtenga de los expertos de nuestro Consejo Médico información importante sobre alimentación». Aunque, por influencia del inglés, *efectividad* está registrada en el Diccionario académico con el significado de ‘eficacia’, éste es el sustantivo que mejor expresa lo que se pretende decir.

* * *

Hace un momento, dejamos a don Quijote casi sano después de beber el «santísimo» bálsamo de Fierabrás y a Sancho, molido y quebrantado, entre borrasca y borrasca, como la que padecemos nosotros en medio de esa aventura cotidiana de errores que nos declaran en emergencia lingüística. Por la gravedad de nuestros errores, necesitamos, sin duda, grandes cantidades del milagroso mejunje. Pero Dios, que da la llaga, da también el remedio, y nunca es tarde para rehacer el camino y aprender a cuidar de nuestra lengua desde ese meditado silencio que predice el despertar de cada palabra hasta la eternidad terrenal de sus significados, hasta comprender que es poesía tanto en el más sencillo diálogo como en el más sesudo trabajo intelectual. Comunicarnos bien significa pensar bien, sentirnos bien, gozar de buena salud espiritual.

Hablar y escribir bien es trabajar arduamente en «la formación del espíritu»^v para recuperar los valores que sostienen nuestra condición de hombres, para celebrar agradecidos el don de comunicarnos, para decir con don Quijote: «podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible».^w

Notas

- ^a Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Primera parte, cap. XXIX. Madrid: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, Santillana, 2004, pág. 296.
- ^b *Ibídem*, primera parte, cap. X, pág. 92.
- ^c *Ibídem*, págs. 94-95.
- ^d *Ibídem*, pág. 95.
- ^e Un refrán español dice *Más viejo que la sarna* por ‘muy viejo’.
- ^f Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, o. cit., primera parte, cap. XII, págs. 104-105. Se refiere don Quijote a Sara, mujer de Abraham, que vivió ciento veintisiete años.
- ^g *Ibídem*, cap. IX, pág. 85.
- ^h *Ibídem*, segunda parte, cap. XIX, pág. 694.
- ⁱ *Ibídem*, pág. 693.
- ^j *El nuevo dardo en la palabra*. Madrid: Aguilar, 2003, pág. 151.
- ^k Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, o. cit., primera parte, cap. XI, pág. 102.

- ^l *Ibídem*, cap. XVII, págs. 148-150.
- ^m ‘Dicho de una persona: Tener en su poder algo’; ‘saber suficientemente algo’; ‘tener relación carnal con otra’; ‘tener una cosa o ejercer una facultad con independencia de que se tenga o no derecho a ella’; ‘dominarse a sí misma, refrenar sus ímpetus y pasiones’.
- ⁿ <www.escueladeshiatsu.com.ar/mujer.htm> [consulta: 28.5.2005].
- ^o <www.google.com.ar/search?> [consulta: 28.5.2005].
- ^p *Catamarca al día* [en línea], Catamarca, 11.5.2005: <http://www.catamarcaaldia.com.ar/index.php?ID=3618> [consulta: 28.5.2005]
- ^q *Laboratorio dermocosmético*, 14.5.2005.
- ^r Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de La Mancha*, o. cit., segunda parte, cap. II, pág. 563.
- ^s <www.praxis.paginadigital.com.ar/vacun.asp> [consulta: 28.5.2005].
- ^t *Vacunación* [en línea]: <http://personales.ciudad.com.ar/ferret/vacudesp.htm> [consulta: 28.5.2005].
- ^u Wons, Viviana: *SOS Nutrición* [en línea], XVIII, 953, Buenos Aires, 11.5.2005. <www.mia.uolsinectis.com.ar/edicion_0953/sos_nutricion.htm> [consulta: 28.5.2005].
- ^v Guitton, Jean: *Nuevo arte de pensar*. 8.ª edición. Santafé de Bogotá: San Pablo, 1997, pág. 8.
- ^w Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de La Mancha*, o. cit., segunda parte, cap. II, pág. 677.

Freud y Cervantes

Fernando A. Navarro

Cabrerizos (Salamanca, España)

Es evidente que la psicología freudiana, con sus nuevas ideas sobre el psicoanálisis, el subconsciente, la libido, el complejo de Edipo y la represión de los instintos, marcó profundamente los principales movimientos literarios, filosóficos, culturales y artísticos del siglo xx.

Es asimismo evidente que en los textos científicos de Sigmund Freud —esencialmente narrativos y que le valieron el prestigioso premio Goethe en 1929— se aprecian nítidas influencias de los autores clásicos griegos y romanos, de los trovadores medievales, de Dostoyevski, Schopenhauer, Nietzsche, los poetas simbolistas Rimbaud y Mallarmé, el realismo de Zola y el romanticismo literario alemán, pero también, y de modo muy especial, influencias cervantinas.

Así lo admitió el propio Freud. En carta fechada en Viena el 7 de mayo de 1923 y dirigida a don Luis López-Ballesteros y de Torres, traductor de su obra científica a nuestro idioma, el más grande psiquiatra de todos los tiempos reconocía, en perfecto castellano:

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *Don Quijote* en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil, puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

En su adolescencia, efectivamente, el joven Freud mantuvo una estrecha relación con un compañero de nombre Eduard Silberstein, y juntos aprendieron por su cuenta el español. Entre sus primeras lecturas, les impresionó especialmente una novelita ejemplar en la que dos perros charlaban tumbados a la puerta de un hospital vallisoletano, y fundaron lo que dieron en llamar «Academia Castellana» (AC), de cuya correspondencia se conservan todavía 70 cartas (de ellas, 22 escritas totalmente en español y 13 en parte) firmadas con los nombres de los dos canes cervantinos: *Cipión*, como seudónimo de Freud, y *Berganza*, como seudónimo de Silberstein.